

La legion Tebana constaba de diez mil hombres bien armados, y podian vender cara su vida; mas nuestros abuelos sabian que al dar á Dios lo que es de Dios, es preciso dar igualmente al César lo que es del César, y manifestaban su valor, mas que ganando batallas, muriendo por la fe. Maximiano, convencido de que no lograria vencer su firmeza, mandó atacarles por su ejército, y léjos de oponer la menor resistencia, todos depusieron las armas, dejándose asesinar tranquilamente; ni á uno solo le abandonó el valor, y no tardó la tierra en quedar cubierta de cadáveres é inundada de arroyos de sangre.

Mientras el ejército despojaba á los que acababa de dar muerte, llegó un veterano, llamado Víctor; á pesar de no pertenecer al extinguido cuerpo, sintióse poseido de indignacion, y se negó á tomar parte en la feroz alegría de los verdugos; preguntáronle entonces si era cristiano, y al oír su respuesta afirmativa, se arrojaron contra él algunos soldados y le asesinaron. Ursus y Víctor, ambos de la legion Tebana, se hallaban ausentes al verificarse la ejecución, mas fueron martirizados en Solodora ó Soleura, donde se guardan aun sus reliquias. Así pereció aquella *feliz legion*: su ejemplo enseña á los futuros siglos á formarse una justa idea del valor; el héroe cristiano ama á sus enemigos; antes que rebelarse, sufre las mas duras pruebas, y ningun sacrificio le es costoso cuando se trata de conservar su virtud.

Hasta entonces, Diocleciano y sus colegas habian perseguido á los cristianos, en virtud únicamente de los edictos anteriores; mas acercábase el instante en que su nombre debia añadirse al de los tiranos que hacia tres siglos armaban al mundo gentil contra la Iglesia naciente. La nueva lucha será mas terrible que las pasadas, pues es el último esfuerzo del Paganismo espirante. Esposa querida del Hombre-Dios, tranquilízate: tu celeste Esposo ha cuidado de asegurarte la victoria. Tiempo es ya de que sea conocida de todos la accion de la Providencia sobre tus inmortales destinos, y de realizar una de las mas hermosas parábolas del Antiguo Testamento que en tí deben verificarse.

Al atravesar el desierto el pueblo de Israel dirigiéndose á la tierra prometida, los hijos de Amalec se opusieron á su paso, formando su armada multitud una barrera insuperable; era inevitable una gran batalla, y fijóse para el día siguiente. Al asomar el alba Moisés salió del campo israelita y subió á la cima de un monte in-

mediato; allí elevó su corazón y sus manos al cielo implorando la victoria para su pueblo. Trábase el combate, y para manifestar que el triunfo depende de la oracion de Moisés, permite el Señor que los israelitas rechacen á sus enemigos mientras su servidor tiene sus manos elevadas al cielo, y que pierdan terreno cada vez que las deja caer. Tan cierto es que los acontecimientos humanos están muchas veces sujetos á las oraciones de los amigos de Dios. Esta creencia es tan antigua como el mundo; todos los pueblos han orado para obtener favores temporales, ó para desviar de sus cabezas calamidades temporales tambien; luego todos los pueblos han creído en la influencia de la oracion sobre los acontecimientos humanos.

Véanse sino los gentiles. Si declaraban la guerra, dirigíanse solemnemente á los templos de los dioses antes de marchar los ejércitos, hacíanse votos, pronunciábanse súplicas y ofrecíanse sacrificios para alcanzar la victoria; conseguida ésta, suspendian de las bóvedas del templo los trofeos que se creían debidos al favor del cielo. En las calamidades públicas, en las enfermedades, en los peligros, la oracion se desprendia del altar con el humo del incienso. No hay duda que los gentiles se engañaban atribuyendo á sus dioses los triunfos y favores de que se regocijaban, pero su conducta no por esto prueba menos la invariable creencia de todos los pueblos en la influencia de las oraciones en los acontecimientos de este mundo; los monumentos de su historia lo atestiguan; ¿y de dónde puede dimanar semejante creencia, sino de la revelacion primitiva que nos enseña que el mundo se halla regido por una Providencia libre en sus determinaciones, que suspende y modifica sus leyes para recompensar ó castigar á los habitantes de la tierra? Los anales sagrados rebosan de hechos que prueban esta verdad: los niños en el horno, Judith y los habitantes de Bethulia, los cristianos de Jerusalem orando por Pedro, prisionero de Herodes, Pablo en el buque combatido por la tempestad, proclamarán eternamente la fe de los pueblos y la eficacia de la oracion: y este dogma fundamental está de tal modo arraigado en el corazón del género humano, que se encuentra entre las hordas mas degradadas de la América y del África central. ¿Quién no ha oído hablar del festin de guerra de los salvajes, y de la inmolation de las víctimas humanas en el Dar-Four, ya para obtener la victoria, ya para llamar sobre las cosechas las bendiciones del cielo?

Volviendo á nuestro asunto, dirémos que en el mismo momento en que iba á trabarse la gran batalla del Paganismo contra el Cristianismo, en el momento en que de un extremo á otro del imperio iba á resonar el grito feroz de «¡los cristianos al león!» en el momento en que miles de niños, de vírgenes iban á bajar á los anfiteatros ó á subir á los patíbulos, Dios hizo partir para las santas montañas de la Tebaida á algunos nuevos Moiseses. Desde el fondo de su soledad, Pablo, Antonio y sus numerosos discípulos dirigian hácia el cielo sus voces y sus manos suplicantes, pidiendo gracia y valor; gracia para los perseguidores, valor para aquellos hermanos suyos que debian combatir en las ensangrentadas arenas; y la voz de la virtud obtendrá gracia para los tiranos, valor para los Mártires, y Constantino para la Iglesia.

Tiempo es ya de que hagamos conocer los jefes de aquella escogida tropa, de aquella santa colonia del desierto encargada de hacer violencia al cielo.

Pablo, primer ermitaño, nació en la Baja Tebaida en Egipto en el año 229, y solo contaba quince años cuando perdió á su padre y á su madre. Las cualidades de su corazon correspondian á las dotes de su espíritu, y desde su mas tierna juventud viósele siempre dulce, modesto y temeroso de Dios. Al declararse la persecucion de Decio, época en que habia llegado á la edad de veinte y dos años, huyó al desierto, y despues de una penosa marcha llegó al pié de una roca en la que habia muchas cavernas, y eligió una para su habitacion; no léjos de ella manaba una fuente cuya agua calmaba su sed; una elevada palmera le proporcionaba vestido y alimento. Su primer designio era permanecer algun tiempo en el desierto, hasta dejar pasar la tormenta de la persecucion y volver luego entre los hombres; mas el Señor tenia otras miras respecto de su siervo. Para fijar al nuevo Moisés en la santa montaña, hizole encontrar inefables dulzuras en la vida penitente y contemplativa, y Pablo, fiel á la gracia, tomó la firme resolucion de no volver al mundo y de consagrar su vida á orar por los que lo habitaban.

Hasta la edad de cuarenta y tres años vivió únicamente del fruto de su palmera, y durante el resto de su vida fué alimentado milagrosamente, como en otro tiempo el profeta Elías, por un cuervo que le traia cada dia la mitad de un pan. ¿Qué hizo el patriarca del desierto durante los noventa años que pasó en la soledad, solo con

Dios, extraño á todo, al establecimiento de la Religion, á las revoluciones de los imperios y hasta á la sucesion del tiempo; conociendo apenas las cosas de que necesita absolutamente, el cielo que le cubre, la tierra que pisa, el aire que respira, el agua que bebe, el milagroso pan de que se alimenta? Oraba, expiaba, y contemplaba á Dios, le adoraba, le amaba, hacia en una palabra todo lo que el cielo y la tierra, los hombres y los Ángeles deben practicar sin cesar, la voluntad de Dios.

Sin embargo, el Señor quiso revelar al mundo aquella maravillosa existencia, y sucedió del siguiente modo: El gran san Antonio, entonces de noventa años de edad, fué tentado de vanagloria, é imaginó que nadie habia servido á Dios tan largo tiempo como él con entera separacion del mundo; ocupado como estaba con esta idea, le envió Dios un sueño para sacarle de su error, y le mandó fuese en busca de uno de sus servidores que habitaba en el fondo del desierto. Antonio partió á la mañana siguiente, y despues de andar dos dias y dos noches, distinguió el Santo una luz que le descubrió la habitacion del que buscaba; acércase á ella, ruega al Santo que le abra, y redobla sus instancias antes de poder obtener esta gracia. Pablo abre al fin, y le recibe con dulce sonrisa; ambos ancianos se abrazan tiernamente, é iluminados desde lo alto, se llaman mutuamente por su nombre.

Sentáronse uno al lado del otro, y Pablo dijo á Antonio: «Ved aquí al que habeis buscado con tantas fatigas, á aquel cuyo cuerpo ha debilitado la edad y cuya cabeza está cubierta de canas; ved aquí á aquel hombre pronto ya á ser reducido á polvo. Mas, puesto que la caridad nada halla difícil, os ruego me digais cómo va el mundo. ¿Se construyen aun nuevos edificios en las antiguas ciudades? ¿Quién reina en el dia? ¿Existen aun hombres bastante ciegos para adorar á los ídolos?»

Durante tan sencilla conversacion llegó el cuervo proveedor, paróse en una rama de la palmera, y desde allí volando pausadamente hasta el suelo, puso ante los dos patriarcas un pan entero; llenada su comision, el ave tomó su vuelo y desapareció. «Ved, dijo Pablo, como nuestro buen Señor nos manda de comer; hace sesenta años que recibo cada dia por el mismo mensajero la mitad de un pan, pero como vos me habeis visitado, Jesucristo ha doblado la provision de su siervo.»

En seguida dieron gracias á Dios, diciendo su *Benedicite*, y se sen-

taron á orillas de la fuente, trabándose entonces una polémica de humildad, á causa de que uno y otro pretendian deferirse el honor de romper el pan; Pablo insistia en las leyes de la hospitalidad, Antonio se negaba á hacerlo á causa de la avanzada edad del patriarca, hasta que finalmente convinieron en que cada uno, tomando el pan y tirando hácia sí, tendria la parte que quedaria entre sus manos. Despues de haber comido bebieron en la cristalina fuente, dijeron sus *gracias* y pasaron la noche en oracion. El dia siguiente Pablo dijo á Antonio: «Hermano mio, hace mucho tiempo que sé vuestra «permanencia en el desierto y que Dios me prometió que como yo «emplearíais vuestra vida en su servicio. La hora de mi sueño «ha llegado; os ruego vayáis á buscar para envolver mi cuerpo «la capa que os dió el obispo Atanasio.» Al decir esto, no era el principal objeto de Pablo el que su cuerpo fuese sepultado, sino el de evitar á Antonio el dolor de verle morir, y manifestarle su respeto hácia san Atanasio y su adhesion á la fe de la Iglesia, por la que aquel grande Obispo sufría entonces las mas crueles persecuciones.

La peticion de la capa dada por san Atanasio sorprendió en extremo á Antonio, y vió claramente que solo Dios podia haber revelado aquel hecho al bienaventurado Pablo; sin embargo, en vez de querer investigar la causa de tal demanda, no pensó mas que en obedecer, y besando las manos de su venerable amigo, emprendió apresuradamente el camino de su monasterio. Dos de sus discípulos salieron á su encuentro y le dijeron: «Padre mio, ¿dónde habeis «estado tanto tiempo?—Soy un miserable pecador, indigno de ser «llamado siervo de Dios. He visto á Elías, á Juan Bautista, digo «mal, he visto á Pablo en un paraíso.» Y sin decir mas entró en su celda, cogió la capa, y volvió á partir inmediatamente. Temiendo llegar despues de la muerte del patriarca, redobla el ardor de su marcha; pero ¡ay! su temor no era infundado. El dia siguiente, al asomar el alba, vió el alma del bienaventurado Pablo subir al cielo, rodeado de los Ángeles, de los Profetas y de los Apóstoles; ante semejante vision prosternóse con el rostro contra el suelo, para dar libre curso á sus lágrimas; mas levantándose algun tiempo despues, continuó su marcha.

Llegado á la caverna, encontró el cuerpo del Santo de rodillas, y con la cabeza y las manos levantadas al cielo; así oraban los primeros cristianos. Creyendo que estaba en oracion, se arrodilló á su

lado; mas no oyéndole suspirar como tenia costumbre de hacerlo durante la oracion, conoció que habia muerto; entonces solo pensó el tributarle los últimos deberes, y habiendo envuelto el cuerpo con la capa de Atanasio, lo sacó de la cueva, y cantó himnos y salmos, segun tradicion de la Iglesia católica.

Sin embargo, hallóse el Santo muy embarazado al verse desprovisto de los instrumentos necesarios para abrir la sepultura, pero Dios, en quien tenia puesta su confianza, suplió á todo; y en aquel mismo instante vió venir á lo léjos dos grandes leones que acudian desde el fondo del desierto, flotando al viento su larga melena; á su vista el Santo se encomendó á Dios, y permaneció tan tranquilo como si viniesen á él dos mansas palomas. Los temibles animales se tendieron cerca del cuerpo del bienaventurado anciano, lo acariciaron con su cola, y lanzaron grandes aullidos para manifestar que le lloraban; en seguida empezaron á excavar la tierra con sus garras hasta que hubieron abierto un hoyo capaz de contener un cuerpo humano, despues de lo que, como pidiendo la recompensa de su trabajo, se acercaron á san Antonio y lamieron sus piés, moviendo las orejas é inclinando la cabeza. Comprendió el Santo que le pedian su bendicion, y dando gracias á nuestro Señor porque los mismos animales adoraban su divinidad, dijo: «Señor, sin cuya voluntad no cae en los bosques una hoja, ni «queda sin vida el mas tierno pajarillo, dad á esos leones lo que «sabeis han menester.» Hizoles acto continuo una señal con la mano para que se marchasen, y los terribles sepultureros se alejaron al instante.

Este admirable imperio de los Santos sobre todas las criaturas no debe causarnos admiracion alguna, pues con su eminente virtud habian reconquistado una parte del poder con que estuvo adornado el primer hombre; cuanto mas santo es el hombre, mas se acerca á la perfeccion primitiva y mas recobra sus antiguas prerogativas: asimismo lo prometió el Reparador de todas las cosas ¹.

Una vez ausentes los leones, Antonio bajó al hoyo el cuerpo del bienaventurado, y cubriólo de tierra, segun costumbre de la Iglesia; en seguida partió para su monasterio, llevando consigo la túnica de hojas de palmera que tejiera Pablo con sus propias manos,

¹ Véase el *Discurso* de Arnaud d'Andilly, sobre la vida de los Padres del desierto, t. I, pág. 17 y sig.

joya que guardó siempre preciosamente y de la que se revestía en los días solemnes de Pascua y de Pentecostes. La muerte del bienaventurado Pablo, patriarca del desierto, aconteció en el año 342 ¹.

Oracion.

Dios mío, que sois todo amor, gracias os doy por haber velado tan cuidadosamente sobre vuestra santa Iglesia; inspiradme el valor de los generosos soldados de la legion Tebana, y el espíritu interior de san Pablo.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero no murmurar jamás contra mis superiores.

¹ *Vida de san Pablo* por san Jerónimo, y *Vida de san Antonio* por san Alasio. Á tales héroes tales historiadores.

LECCION XVII.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO IV).

Vida de san Antonio.— Origen de la vida religiosa.— Vida de santa Sinclética, primera fundadora de los monasterios de mujeres en Oriente.— Mision providencial de las Órdenes religiosas en general, y de las contemplativas en particular.— Servicios espirituales que prestan á la sociedad.— Oracion, expiacion.— Reclusion.— Historia de santa Thais.— Otro servicio, conservacion del verdadero espíritu del Evangelio.

San Pablo, cuya vida acabamos de referir, fué el padre de los solitarios. Llámense *solitarios* ó *anacoretas* los que viven solos en grutas ó en celdas separadas, ocupados en la oracion y en el trabajo manual. San Antonio, del cual vamos á hablar, fué el padre de los *cenobitas*, es decir, de los religiosos que viven en comunidad. Sin embargo, debemos remontarnos mucho mas léjos si deseamos encontrar el origen primitivo del estado religioso; la vida religiosa está en la naturaleza humana, y vense vestigios de ella desde la mas remota antigüedad, así entre los gentiles como entre los judíos; no hablando sino de los últimos, debemos considerar á los nazarenos y á los hijos de los Profetas como religiosos simbólicos de la nueva alianza ¹. San Juan Bautista es el lazo que en este punto reúne á ambos Testamentos. «Así como, dicen san Gregorio Nazianceno y san Crisóstomo, fueron los Apóstoles los primeros presbíteros, así san Juan Bautista fué el primer monje ².» Las Órdenes religiosas nacieron con la Iglesia; ¿acaso en los Hechos de los Apóstoles no vemos á los primeros cristianos vivir en comunidad y hacer voto de no

¹ Filii prophetarum, quos monachos in Veteri Testamento legimus, ædificabant sibi casulas juxta fluenta Jordanis, et turbis urbium derelictis, polenta et herbis agreslibus victitabant. (S. Hier. *Epist. IV ad Rustic.*)

² Noster princeps Elias, noster Eliseus, nostri duces filii prophetarum qui habitaban in agris et solitudinibus, et faciebant sibi tabernacula prope fluenta Jordanis. (Id. *Epist. XIII apud Paulin.*)—Hujus vitæ auctor Paulus, illustrator Antonius, et ut ad superiora conscendam, princeps Joannes Baptistá. (Id. *ad Eustoch. de serv. virg.*)